

Dentro de la variada temática abarcada por los citados periódicos, la autora señala la importancia concedida a los problemas de la mujer y el feminismo, aunque no militante, con que estos problemas son presentados. En este y en otros aspectos de ideología progresista podría verse, según ella, una probable fuente inspiradora de Alberdi y Sarmiento, independiente de la bien conocida influencia de Larra sobre los dos argentinos.

En el segundo capítulo, Marún propone una distinción, que creo válida y útil, entre la descripción costumbrista, de origen y raigambre españoles, y el artículo costumbrista, cuyos antecedentes ingleses son el objeto de su investigación. La primera, incorporada a un texto mayor narrativo o poético, es una descripción de costumbres y hábitos de vida dentro de la sociedad contemporánea del autor. El segundo es, en cambio, un texto autónomo y breve, que «contiene toda la información en sí mismo: circunstancias, hechos, situaciones» (p. 41). El tercer capítulo estudia las influencias inglesas y francesas (estas últimas producto, a su vez, de previa influencia inglesa) que recibieron los costumbristas españoles. Desde el punto de vista de la autora, quien considera que el artículo de costumbres es producto de una actitud no sólo crítica, sino también reformadora y progresista, Larra es superior a Mesonero Romanos. El costumbrismo de éste, calificado por Marún como «pintoresquista descriptivo», refleja —según ella muestra— una actitud tradicionalista. Además su tono es, comparado con el de Larra, «más sentencioso, más difuso, menos conciso, menos directo» (p. 83).

Los capítulos IV y V tratan del costumbrismo argentino a principios del siglo XIX. Marún se propone demostrar que, con anterioridad a la influencia del costumbrismo español, hubo en la Argentina una influencia de los citados periódicos ingleses. Encuentra prueba de ello en *The British Packet*, publicado por Thomas George Love en Buenos Aires (1826-1858) y en otros periódicos fundados por argentinos: *La Argentina*, *La Moda*, *El Iniciador* y *El Progreso* (publicado por Sarmiento en Santiago de Chile). Mención especial le merece *La Argentiina* (1830-1831), «periódico casi desconocido u olvidado por ser escrito por 'mujeres' y para la mujer» y que «es de todos los analizados el que ofrece la más asombrosa similitud con *The Spectator*» (p. 91). Con respecto a Sarmiento, la autora refuta la idea de que Larra haya sido su único maestro y guía, y señala ideas y preocupaciones que lo distinguen del costumbrismo español y lo acercan a los ensayistas de los dos periódicos ingleses. Destaca, finalmente, el mérito de la generación del 37, la de Alberdi y Sarmiento, cuyo costumbrismo fue continuador del espíritu progresista de Addison y Steele, y en cuyos escritos sobre la mujer ve ella el origen del feminismo en la Argentina.

El libro de Gioconda Marún ilumina aspectos poco tratados del costumbrismo, descubre fuentes y aclara conceptos. Es un trabajo serio de investigación y una contribución valiosa a los estudios sobre el tema.

MALVA E. FILER

Brooklyn College, CUNY.

EDNA AIZENBERG: *The Aleph Weaver: Biblical, Kabbalistic and Judaic Elements in Borges*. Potomac, Maryland: Scripta Humanistica, 1984.

El interés de Borges por los cabalistas y místicos judíos y la influencia de éstos en su obra han sido temas frecuentados por los críticos, entre ellos Saúl Sosnowski, en su libro *Borges y la Cábala*, Jaime Alazraki, Marcos Ricardo Barnatán, Leonardo

Senkman y la misma autora del presente estudio. *The Aleph Weaver* tiene, sin embargo, un objetivo más amplio. Aizenberg se propone como tarea un análisis de la función que corresponde a los elementos judaicos —bíblicos, cabalísticos, folklóricos, no rigurosamente judaicos pero libremente identificados por Borges como tales, etc.— en la elaboración de conceptos y valores que sustentan la escritura borgiana. Para ello la autora procede a explicar, en la primera parte de su libro, el contexto sociohistórico y las circunstancias personales que favorecieron el acercamiento del escritor a la tradición judía. Aizenberg señala el dualismo lingüístico-cultural del hogar de los Borges como factor determinante de su modo de concebir el judaísmo y como origen de su valoración positiva del mismo. Según ella, Borges estableció tempranamente una conexión entre el judaísmo y los aspectos de la herencia paterna que adoptó como propios: el cosmopolitismo, la amplitud de miras y la heterodoxia. Por otra parte, su abuela inglesa lo familiarizó con la Biblia, que ella conocía de memoria. La autora se refiere en forma sucinta, pero cuidadosamente documentada, a las experiencias juveniles de Borges en Europa, donde permaneció siete años, a partir de 1914. El futuro escritor tuvo allí la oportunidad de conocer, por primera vez, a intelectuales judíos y trabó con algunos de ellos amistad duradera. El libro destaca los años pasados como estudiante en Ginebra, sus vínculos con Simón Jennisky y Mauricio Abromovich y sus lecturas de Heine y Meyrink. Importante también, al respecto, fue su estancia en España, donde Borges inició una relación de discípulo y amigo con el ultraísta Rafael Cansinos-Assens. El escritor judeo-español, singular figura dentro de un medio nacionalista y católico, encarnaba el modelo de inconformismo y la condición extraterritorial con la que siempre identificó al judaísmo. La autora conecta estas experiencias europeas de Borges con su posterior acercamiento a la comunidad judeo-argentina y, en particular, a algunos de sus escritores más destacados: Alberto Gerchunoff, César Tiempo y Carlos M. Grünberg.

Aizenberg sigue la trayectoria de su autor durante las décadas de los treinta y cuarenta, cuando su posición filojudaica y los puntos de vista relacionados con la misma fueron puestos a prueba en un ambiente nacionalista emulador del nazismo. En circunstancias hostiles, sus convicciones acercaron a Borges aún más a la comunidad judía. En la Sociedad Hebraica Argentina, así como en otras instituciones culturales independientes del Estado, dio frecuentes conferencias sobre Martín Buber, Heine, la Cábala y otros temas relacionados con el judaísmo. El libro subraya, además, la influencia decisiva de las ideas de Thorstein Veblen en la elaboración del ensayo sobre «El escritor argentino y la tradición». En efecto, Borges compartió con Veblen su convicción de que los judíos eran intelectualmente superiores a causa de su multiplicidad cultural y su marginalidad dentro de una particular tradición nacional. Esto le sugirió una interpretación paralela de la relación entre el escritor argentino y la cultura occidental. Por otra parte, el concepto de lo judaico sustentado por Borges hizo que le fuera difícil aceptar, como fenómeno cultural positivo, el nacimiento del Estado de Israel. Aizenberg explica ese temprano rechazo del sionismo, así como la evolución de Borges hacia una actitud de apoyo entusiasta al país, contemporáneamente nuevo y antiguo, que visitó por primera vez en 1969.

En la segunda parte de su estudio, la autora pasa de la explicación histórico-cultural al análisis de la función estética que tienen, en la obra de Borges, ideas religiosas y filosóficas, fábulas y metáforas provenientes del judaísmo. De particular interés es la conexión que establece entre la interpretación de la Biblia como escritura paradigmática y la idea borgiana de que el escritor no crea, sino que re-elabora materiales preexistentes. Su rechazo de la originalidad en literatura y su concepto

de la escritura como transcripción, ambos atribuidos aquí a la influencia de los textos bíblicos, hicieron, paradójicamente, que Borges se anticipara en los años veinte a las más recientes teorías de la intertextualidad. Aizenberg relaciona también con el modelo bíblico la «estética de la impersonalidad», hostil al psicologismo, por la que Borges adopta el concepto clásico de la escritura como tarea colectiva. Los personajes que emergen en sus relatos son, por ello, abstracciones que se proponen abierta e inequívocamente como tales. Ejemplo representativo de lo expuesto sería, según la autora, «El inmortal»: «Into the story's dozen pages he (Borges) telescopes volumes, making one compact whole out of fragmented words from different ages and texts» (pp. 77-78). La idea, fundamental en Borges, de que el universo es un enigma indescifrable es aquí conectada con la doctrina del Libro de Job, el cual afirma la inescrutabilidad de los principios divinos que rigen al mundo. Frente a lo incomprensible e injustificable para la razón humana, la imaginación erige construcciones míticas, fantásticas, a veces laberínticas, pero siempre controlables por la mente del hombre que logra así instituir su propio cosmos. El Libro de Job atrae a Borges por su lenguaje metafórico, por su «razonar poetizando». De él deriva, según nuestra crítica, la base de su visión poético-fantástica creadora de universos en los que la imaginación es instrumento cognoscitivo.

El interés de Borges por la Cábala responde también, según Aizenberg, a que la literatura es por él concebida como una explicación metafórica de los grandes problemas filosóficos. Los cabalistas le atraen, del mismo modo que los textos bíblicos, por su abundancia de mitos y de símbolos que estimulan la búsqueda de la verdad. «He has adopted the formula of enigmas-expressed-through-symbols which the cabalists used in their writings, and like them created a *corpus symbolicum* to give voice to the essential ideas or perplexities of his works» (p. 88). Otras razones mencionadas por la autora para explicar la admiración de Borges por los cabalistas incluyen su valoración de éstos como grandes contribuidores al culto del libro y su interés por la idea de que en el texto sagrado nada puede ser arbitrario o carente de sentido. Borges intenta transferir a la escritura profana este concepto místico del libro absoluto, perfectamente ordenado y autosuficiente. Aizenberg explica también cómo el *Zohar*, obra del cabalista castellano Moisés de León, que Borges estudió a través del libro de Scholem *Major Trends in Jewish Mysticism*, le sugirió al autor de *Ficciones* algunas de sus técnicas desrealizadoras favoritas, como el deliberado anacronismo y la invención de autores y referencias bibliográficas. Concluyendo con este tema, la autora subraya la importancia que atribuye Borges al hecho de que los cabalistas, mediante sus procedimientos hermenéuticos, introdujeron nuevas ideas que parecían derivar naturalmente del viejo texto bíblico. Similarmente, la transformación, modificación y renovación de la tradición es un principio operante en la escritura de Borges, quien lo ha aplicado, como los cabalistas, a textos representativos de la cultura occidental y a *Martín Fierro*, el libro canónico argentino.

El último capítulo analiza las formas que asumen, en los textos de Borges, tres reconocibles arquetipos judaicos: los antagonistas Caín y Abel, el judío como «Cerebro» y el judío gaucho. La historia de Caín y Abel le interesa a Borges, según muestra nuestra autora, porque éste siente aún cercana la experiencia de las guerras civiles en las que estuvieron envueltos sus antepasados. Así, en cuentos como «Biografía de Tadeo Isidoro Cruz», «El fin» y «El sur», la descripción del ambiente, los antagonistas y la pelea es evocadora, según ella, de la atmósfera, los personajes y la agresión descritos en el Génesis. Borges conecta la violencia de Caín con la violencia a través de la historia, concordando en ello con la interpretación judía del episodio bíblico. Su interpretación es heterodoxa, sin embargo, cuando anula la relación

de oposición entre asesino y víctima y convierte a ambos en personajes indiferenciables. Esta re-escritura del relato bíblico, que tiene por fuente el pensamiento gnóstico, proporciona asimismo el modelo básico sobre el cual se estructuran «Los teólogos», «Tres versiones de Judas» y otros de sus cuentos.

Aizenberg señala que Borges ha adoptado el estereotipo del judío como un ser de capacidades intelectuales superiores. Uno de sus cuentos más ilustrativos de esto es «El milagro secreto», descrito por la autora como «a story about the 'miracle' of mind over matter, which is also a reaffirmation of Western culture, and a celebration of the Jewish intellect» (p. 125). «*Deutsches Requiem*» y «La muerte y la brújula» son también analizados por ella desde la misma perspectiva. Con respecto al último, Aizenberg afirma que Borges ha expresado allí su admiración por la inteligencia de Spinoza haciendo de su sistema de pensamiento el fundamento filosófico del relato. En contraste con la actitud favorable de Borges hacia tipos y relatos judíos paradigmáticos, ampliamente documentada por la autora, ésta señala, en cambio, su rechazo de la figura y la leyenda del judío gauchó, producto de su propio ambiente nacional. Borges niega, en efecto, la existencia de tal personaje y afirma, con justificación histórica y sociológicamente irrefutable, que Gerchunoff, en *Los gauchos judíos*, hablaba de granjeros y no, verdaderamente, de gauchos. Aizenberg explica, además, que el uso inapropiado de la figura del gauchó, superimpuesta a la del inmigrante judío, era doblemente objetable para Borges, ya que no hacía justicia ni al uno ni al otro. En cuentos como «Las formas de la gloria» y «El indigno», Borges muestra su convicción de que el verdadero papel del judío en la sociedad y la cultura argentinas concuerda con su tradición intelectual y cosmopolita y no con el arquetipo nacionalista del gauchó.

*The Aleph Weaver* ofrece, con su exposición clara, concisa y bien organizada, una excelente interpretación de los aspectos judaicos en la obra de Borges. Con conocimiento experto del tema, la autora ha reconocido el aporte de otros estudiosos a la vez que ha ampliado y enriquecido su campo de investigación. El libro, particularmente útil en nuestro medio de habla inglesa, es una contribución valiosa y de interés perdurable que se incorpora a la monumental e inagotable bibliografía borgiana.

MALVA E. FILER

*Brooklyn College, CUNY.*

MARIELENA ZELAYA DE KOLKER: *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

He aquí un libro que se sale de la norma, libro especial, fruto no sólo de largos años de lectura y de análisis, sino también de la vivencia de la autora. No es éste simplemente «uno más» entre la infinidad de obras de crítica y de comentario que se han hecho y que se siguen haciendo sobre diversos aspectos de las consecuencias literarias de la Guerra Civil española. La producción literaria de los desterrados ha sido leída, por lo general, como obra española fuera de España, viendo en ella, ante todo, la formación peninsular y buscando entender cómo esa formación influye en el entorno americano o se opone a él. La intención del libro de Marielena Zelaya es otra: dirige su investigación a desentrañar cómo se refleja la vivencia americana